

EMMANUEL LEVINAS

**EN LA HORA
DE LAS NACIONES**

Lecturas talmúdicas, ensayos
y conversaciones

Traducción de
PATRICIO PEÑALVER GÓMEZ

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2019

Al profesor Bernhard Casper,
teólogo y filósofo,
al amigo de gran corazón y de elevados pensamientos

Traducción de Patricio Peñalver Gómez
sobre el original francés *À l'heure des nations*

© Les Éditions de Minuit, Paris 1988

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2019

C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España

Tlf.: (+34) 923 218 203 - ediciones@sigueme.es

www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-2041-3

Depósito legal: S. 268-2019

Impreso en España / Unión Europea

Imprenta Kadmos, Salamanca

CONTENIDO

<i>Prólogo</i>	9
LECTURAS TALMÚDICAS	19
Por un lugar en la Biblia	21
1. El anacronismo	23
2. El plan	25
3. Un lugar en el calendario religioso	26
4. Un lugar en la Biblia. Cierre o apertura	27
5. La inspiración en discusión	33
6. Las manos impuras	36
7. Versículos reveladores	38
8. «Cumplieron y aceptaron»	41
La traducción de la Escritura	49
1. Consideraciones previas	53
2. La lengua y las letras	56
3. El judaísmo incommunicable: el del culto o el de la persecución	62
4. El privilegio del griego	65
5. Los límites de la asimilación	69
6. La belleza de Jafet	63
Menosprecio de la Torá como idolatría	77
1. Torá e idolatría	80
2. El menosprecio de la Torá	83
3. La crítica histórica: historias y profecías	88
4. Los pecados de lectura	90
5. Lectura y canto	92

6. La vocación humana y el libro	94
7. El menosprecio del burlón	97
Más allá del recuerdo	103
1. Lo consciente y lo memorable	105
2. Lo inaudito es posible	107
3. Porvenir y adversidad	111
4. Vasili Grossman	118
Las naciones y la presencia de Israel	123
1. La elección del texto	124
2. La Torá oral y su transmisión	126
3. El problema y el plan del extracto talmúdico	127
4. Las naciones y el tiempo mesiánico	129
5. Hacia una humanidad nueva	141
PENSAMIENTO Y SANTIDAD	145
De la ética a la exégesis	147
Judaísmo y <i>kénosis</i>	153
1. Grandeza y humildad	153
2. Una cultura tradicional	159
3. Todo depende del hombre	162
4. Dios necesita la oración de los hombres	169
LA BIBLIA Y LOS GRIEGOS	177
La Biblia y los griegos	179
El pensamiento de Moses Mendelssohn	183
Una figura y una época	197
AMISTAD JUDEO-CRISTIANA	203
La filosofía de Franz Rosenzweig	205
CONVERSACIONES	219
Judaísmo «y» cristianismo	221
Sobre la filosofía judía	229
<i>Referencias bíblicas y talmúdicas</i>	251

PRÓLOGO

1. Setenta naciones o setenta lenguas, metáfora que en la palabra talmúdica, en la Torá oral, designa a la humanidad entera que rodea a Israel. Humanidad única, en su completo número, un todo, aunque separado por diferencias que, sin embargo, reúnen a los hombres en naciones. Y naciones ya inscritas en la Biblia bajo las fastidiosas o fastuosas enumeraciones de los exóticos nombres propios que incomodan a los historiadores, pero naciones virtualmente reivindicadas por la Historia santa, donde la Carta rigurosa y divina de la Torá educa y eleva el *cuidado-de-sí* del ser vivo al *cuidado-de-los-otros* en el hombre. E-ducar: ¡de-ducir de la sublime Razón!

¿Son exactamente setenta? Qué más da. Se trata de un número de naciones ni demasiado grande ni demasiado pequeño, no excluye ni un estado de guerra de todas contra todas, ni la posibilidad de hablarles a todas ellas una a una. Número lo suficientemente elevado como para que resulte raro, pero no imposible, el hombre capaz de dirigir la palabra a todos y de comprender la lengua de todos; y de advertir ahí todos los rostros del lenguaje: la amenaza y el gruñido de la violencia, el delirio y la risa del vicio, la mitología y la barbarie sanguinaria de los ídolos, pero también, por doquier, el grito y el llanto de la miseria, y a veces la vocación del genio —de lo bello y de lo verdadero— y las proezas de ingeniosas invenciones.

Comprender setenta lenguas, ¡eso es cultura general! De creer a la tradición talmúdica, era requisito para poder tomar asiento en el Sanedrín, o al menos para asegurar, con

el conjunto de los miembros de esta alta asamblea jurídica, un nivel lingüístico indispensable a la vocación de ella. De manera que no hará falta menos, según la Torá oral, para merecer el derecho de juzgar en última instancia al prójimo. Hay que prestar atención a todo testimonio, evitando las ambigüedades de la traducción. ¡Preocupación de las luces del mundo en un pensamiento prendado de justicia y de paz, y que escruta las intenciones secretas de las almas! ¡Anhelos de una paz que no es ya reposo en sí mismo, que no es solamente suficiencia de autonomía, que no es el discurso interior del famoso diálogo del alma consigo misma, con las puertas y los postigos cerrados! Es paz inquieta o amor al prójimo, vigilancia despertada por la Torá. En la Torá misma, en el Verbo del Altísimo en el que los jueces de Israel, eternos estudiantes, se instruyen y se forman para su tarea, buscando sin descanso y cada vez más profundamente, en ellos mismos, los ecos y las huellas de su sentido in-numerable, en la Torá misma, que sigue siendo, para un judío, más íntima que su fuero interno, propensión hacia fuera: la notable exigencia de entrar en relación con todas las naciones, con todas las familias de lo humano. Hay en el «devenir interno» del pueblo eterno una incesante referencia a la hora de las naciones, una presencia indefectible a su presencia y a su presente, a la punta de su actualidad, a su modernidad eventual, pruebas y esperanzas, a pesar de la inextinguible consciencia del «desfase horario» entre el reloj de la Historia universal, en el que Israel no puede ir retrasado, y la esfera de la Historia santa. Una consciencia que es la escatología misma, la diacronía original del tiempo que trasciende los órdenes simultáneos, esos conjuntos que se abren a los más altos sobrevuelos; diacronía que Maurice Blanchot llama «conjuntamente y todavía no». Y a pesar de la desconfianza ante algunos cantos seductores de Grecia, predilección por la lengua trasparente de esta, mejor que todo canto, a la que la Torá se deja traducir sin defectos. Un privilegio lingüístico reconocido desde

el principio. El privilegio de un lenguaje que logra expresar todo lo humano en el mundo, una excelencia que no viene de las palabras, incluso si sus raíces, como a veces puede parecer, se alimentan de los jugos de ese suelo inundado de sol de nuestras orillas mediterráneas. Logro que sin duda depende de una cierta manera de juntarse las palabras, de ordenarse en discurso que pregunta al afirmar, que afirma al negar; una manera que, bajo los vocablos diversos de las naciones, ha tenido como destino, a través de los continentes, devenir discurso universitario, discurso universal, giros y vueltas de signos que muestran y demuestran. Sobre lo bello, sobre lo verdadero. Finura y sobriedad abiertas también a la malicia, a la técnica, tan cuestionada, que rompe sin embargo ídolos y tiranías, que permitirá un día que se lleve pan a todos los hombres, las mujeres y los niños que, en esta tierra y a lo lejos, tienen hambre.

Una extensión de la Historia santa a todas partes, que la mala fe tomará por un error de apátrida, al mismo tiempo que no dejará de sospechar, por su misma continuidad, del arcaísmo de una memoria cerrada al porvenir y del orgullo de un repliegue sobre sí. Una presencia universal en las luces y en las sombras del ser, y hasta en las sombras que proyectan tanto los pertrechos de las luminarias mismas como, quizá, la parte que se mantiene impensada en el «yo» atento mismo. Se impone atender a los reflejos de las luces de la Torá misma, que iluminan a las setenta naciones a través del cristianismo y del islam. Y, en el sufrimiento, el menosprecio y la sangre y las lágrimas que durante largos siglos acarrearón al portador de la Torá tantos estallidos triunfales de las luces tomadas en préstamo a Israel, este ha podido percibir las huellas de un enfoque que anuncia nuevas violencias, pero quizá también las oportunidades lejanas —que la Torá siempre había enseñado— de una relación más estrecha que la de los vínculos que derivan de conceptos.